

## Homilía o Sermón sobre la Natividad y el Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo



*Autor desconocido*

### *De la Natividad de Cristo*

Entre todas las criaturas que Dios hizo en el principio del mundo, aún entre las más excelentes y maravillosas en su género, no hubo ninguna, como atestigua la Escritura, que pudiera compararse en casi nada con el hombre, quien, tanto en cuerpo como en alma, superó a todas las demás, como el sol supera en brillo y luz a todas las estrellas diminutas y pequeñas del firmamento. Fue hecho conforme a la imagen y semejanza de Dios<sup>1</sup>; fue dotado de toda clase de dones celestiales, no había en él mancha de inmundicia, era sano y perfecto en todas sus partes, tanto exterior como interiormente; su razón no estaba corrompida; su entendimiento era puro y bueno; su voluntad era obediente y piadosa, fue hecho todo semejante a Dios en justicia, en santidad, en sabiduría, en verdad, para abreviar, fue creado así en toda clase de perfección. Siendo creado y hecho de esta manera, Dios Todopoderoso, en señal de su gran amor hacia él, eligió un lugar especial de la tierra para entregárselo, es decir, el paraíso, donde vivió en toda tranquilidad y goce, teniendo gran abundancia de bienes mundanos y sin carecer de nada que pudiera necesitar o desear tener con justicia. Porque está dicho: " Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar", para que usara siempre de ellos a su propio gusto, según tuviera necesidad<sup>2</sup>. ¿No era esto un espejo de perfección? ¿No era esto un estado completo, perfecto y bienaventurado? ¿Podría agregarse algo más a esto? ¿O podría desearse una felicidad mayor en este mundo?

Pero como la naturaleza común de todos los hombres, en tiempos de prosperidad y riqueza, es olvidarse no sólo de sí mismos, sino también de Dios, así también el primer hombre, Adán, quien, teniendo un solo mandamiento de la mano de Dios, a saber, que no debía comer del fruto del conocimiento del bien y del mal, no obstante

---

<sup>1</sup> Génesis 1:26–27; 5:1; 9:6; Santiago 3:9.

<sup>2</sup> Sal. 8:6–8.

lo hizo de la manera más negligente, o más bien, de la manera más voluntariosa, al olvidar el estricto mandato de su Creador y prestar oído a la astuta sugerencia de esa serpiente malvada, el diablo. Por lo que sucedió que, así como antes fue bendito, ahora era maldito; como antes fue amado, ahora es aborrecido; como antes fue el más hermoso y precioso, ahora es el más vil y miserable a los ojos de su Señor y Creador. En lugar de la imagen de Dios, ahora se convirtió en la imagen del diablo; en lugar de ciudadano del cielo, se convirtió en esclavo del infierno, no teniendo en sí nada de su antigua pureza y limpieza, sino estando completamente manchado y contaminado, de tal manera que ahora parecía no ser nada más que un montón de pecado y, por lo tanto, por el justo juicio de Dios, fue condenado a la muerte eterna.

Esta plaga tan grande y miserable, si sólo hubiera recaído sobre Adán, quien ofendió primero, habría sido mucho más fácil y se habría soportado mejor. Pero no sólo recayó sobre él, sino también sobre su posteridad e hijos para siempre, de modo que toda la prole de la carne de Adán debía sufrir la misma caída y castigo que su antepasado había merecido con toda justicia por su ofensa. San Pablo, en el capítulo quinto de la carta a los Romanos, dice: «Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores<sup>3</sup>». Con estas palabras se nos enseña que, así como en Adán todos los hombres pecaron universalmente, en Adán todos los hombres recibieron universalmente la recompensa del pecado, es decir, se volvieron mortales y sujetos a la muerte, no teniendo en sí mismos más que la condenación eterna tanto del cuerpo como del alma. «Se corrompieron», como dice David, “todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno<sup>4</sup>”. ¡Oh, qué estado tan miserable y lamentable fue éste, en el que el pecado de un hombre destruyera y condenara a todos los hombres, de modo que en todo el mundo no se pudiera esperar nada más que los dolores de la muerte y las penas del infierno! ¿Habría sido de extrañar que la humanidad se hubiera visto totalmente llevada a la desesperación, cayendo así de la vida a la muerte, de la salvación a la destrucción, del cielo al infierno? Pero he aquí la gran bondad y la tierna misericordia de Dios en este sentido. Aunque la maldad y la conducta pecaminosa del hombre eran tales que no merecían de ninguna manera ser perdonadas, sin embargo, para que no estuviera completamente desprovisto de toda esperanza y consuelo en el tiempo venidero, ordenó un nuevo pacto e hizo una promesa segura del mismo, a saber, que enviaría un Mesías o mediador al mundo, que haría intercesión y se pondría como un apoyo entre ambas partes, para apaciguar la ira y la indignación concebidas contra el pecado y para liberar al hombre de la miserable maldición y maldita miseria en la que había caído de cabeza por desobedecer la voluntad y el mandamiento de su único Señor y Creador. Este pacto y promesa fue hecho por primera vez al mismo Adán inmediatamente después de su caída, como leemos en el tercer [capítulo] del Génesis, donde Dios le dijo a la serpiente de esta manera: “Pondré enemistad entre

---

<sup>3</sup> Rom. 5:18–19.

<sup>4</sup> Sal. 14:1, 3.

ti y la mujer, entre tu simiente y la simiente suya<sup>5</sup>”; después, el mismo pacto fue renovado más amplia y claramente con Abraham, donde Dios le prometió que “en su descendencia serían benditas todas las naciones y familias de la tierra<sup>6</sup>”. De nuevo, fue continuado y confirmado con Isaac usando la misma forma de palabras como lo fue antes con su padre<sup>7</sup>. Y, con la intención de que la humanidad no se desesperara sino que siempre viviera en esperanza, Dios Todopoderoso nunca dejó de publicar, repetir, confirmar y continuar el mismo por diversos y variados testimonios de sus profetas, quienes para una mejor persuasión del asunto profetizaron el tiempo, el lugar, la manera y las circunstancias de su nacimiento, las aflicciones de su vida, la clase de muerte que tendría, la gloria de su resurrección, la recepción de su reino, la liberación de su pueblo con todas las demás circunstancias pertenecientes a ello. Isaías profetizó que nacería de una virgen y se llamaría Emmanuel<sup>8</sup>. Miqueas profetizó que él nacería en Belén, un lugar de Judea<sup>9</sup>. Ezequiel profetizó que él vendría del linaje de David<sup>10</sup>. Daniel profetizó que todas las naciones y lenguas le servirían<sup>11</sup>. Zacarías profetizó que él vendría en pobreza, montado en un asno<sup>12</sup>. Malaquías profetizó que Él enviaría a Elías delante de Él, el cual era Juan el Bautista<sup>13</sup>. Jeremías profetizó que Él sería vendido por treinta piezas de plata, etc<sup>14</sup>. Y todo esto fue hecho para que la promesa y el pacto de Dios hecho a Abraham y su posteridad concerniente a la redención del mundo, pudieran ser creídos completamente.

Ahora bien, como dice el apóstol Pablo, “cuando vino el cumplimiento del tiempo”, es decir, la perfección y el curso de los años señalados desde el principio, entonces Dios, conforme a su pacto y promesa anteriores, envió un Mesías, de otra manera llamado mediador, al mundo, no alguien como Moisés, no alguien como Josué, Saúl o David, sino alguien que liberaría a la humanidad de la amarga maldición de la ley y haría perfecta satisfacción por su muerte por los pecados de todas las personas; es decir, envió a su amado y único Hijo Jesucristo, nacido, como dice el apóstol, “de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos<sup>15</sup>”. ¿No fue este un maravilloso y gran amor hacia nosotros que éramos sus enemigos profesos y abiertos? ¿Hacia nosotros, que éramos por naturaleza hijos de ira y tizonas del fuego

---

<sup>5</sup> Génesis 3:15.

<sup>6</sup> Génesis 12:3; 22:18.

<sup>7</sup> Génesis 26:4.

<sup>8</sup> Isaías. 7:14; Mateo. 1:23.

<sup>9</sup> Miqueas 5:2; Mateo. 2:6.

<sup>10</sup> Ezeq. 34:23–24.

<sup>11</sup> Dan. 7:14.

<sup>12</sup> Zac. 9:9; Mateo. 21:5.

<sup>13</sup> Mal. 4:5; Mateo. 11:14; 17:12.

<sup>14</sup> En realidad, se trata de una cita libre de Zacarías 11:12-13. Mateo 27:9 se la atribuye a Jeremías, probablemente porque "Jeremías" era el nombre que se usaba para designar el rollo de los profetas en su conjunto.

<sup>15</sup> Gálatas 4: 4–5.

del infierno<sup>16</sup>? En esto se mostró el gran amor de Dios, que envió a su Hijo unigénito al mundo para salvarnos, cuando éramos sus enemigos extremos. «En esto consiste el amor: no en que nosotros le hayamos amado, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados<sup>17</sup>». San Pablo también dice: «Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros<sup>18</sup>». Con estas y otras comparaciones el Apóstol amplía y expone la entrañable misericordia y la gran bondad de Dios, declarada hacia la humanidad, al enviar desde el cielo a un Salvador, a saber, Cristo el Señor<sup>19</sup>. Este beneficio entre todos es tan grande y maravilloso que ni la lengua puede expresarlo bien, ni el corazón concebirlo, mucho menos dar suficientes gracias a Dios por Él.

Pero aquí hay una gran controversia entre nosotros y los judíos, esto sobre si el mismo Jesús que nació de la virgen María es el verdadero Mesías y el verdadero salvador del mundo, del que se había prometido y profetizado durante tanto tiempo. Ellos, como son y han sido siempre, orgullosos y de dura cerviz<sup>20</sup>, nunca lo han reconocido hasta este día, sino que han esperado con ansias a que venga otro. Tienen en la cabeza esta pretenciosa imaginación de que el Mesías vendrá, no como Cristo, como un pobre peregrino y un alma sencilla, montado en un asno, sino como un rey valiente y poderoso, con gran realeza y honor; no como Cristo, con unos pocos pescadores y hombres de poca estima en el mundo, sino con un gran ejército de hombres fuertes, con un gran séquito de hombres sabios y nobles, como caballeros, señores, condes, duques, príncipes, etc. Tampoco piensan que su Mesías sufrirá la muerte calumniosamente, como Cristo, sino que vencerá con valentía y someterá a todos sus enemigos y finalmente obtendrá un reino en la tierra como nunca se vio desde el principio. Mientras se fingen a sí mismos según esta clase un Mesías de su propio cerebro, se engañan a sí mismos también y consideran a Cristo como un despreciable y tonto del mundo. Por eso, como dice San Pablo, Cristo crucificado es escándalo para los judíos y locura para los gentiles, porque les parece absurdo y contrario a toda razón que un Redentor y Salvador del mundo entero sea tratado como lo fue Él, es decir, despreciado, injuriado, azotado, condenado y, por último, crucificado. Esto, digo, les pareció extraño y absurdo, y por eso ni en aquel tiempo ni ahora reconocerán a Cristo como su Mesías y Salvador. Pero nosotros, amados, que esperamos y aguardamos con paciencia ser salvos, debemos creer

---

<sup>16</sup> Efesios 2:3.

<sup>17</sup> 1 Juan 1:9–10.

<sup>18</sup> Romanos 5:6–8.

<sup>19</sup> Lucas 2:11.

<sup>20</sup> Hechos 7:51–52.

firmemente y también confesar valientemente que el mismo Jesús que nació de la virgen María fue el verdadero Mesías y mediador entre Dios y los hombres, prometido y profetizado desde hace tanto tiempo atrás. Porque como escribe el apóstol: 'Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación'. Otra vez, en el mismo lugar: 'Todo aquel que en Él creyere, no será avergonzado<sup>21</sup>'. A lo que se suma el testimonio de San Juan, escrito en el capítulo cuarto de su primera epístola universal, en este sentido: "Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios<sup>22</sup>".

No hay duda de que en este punto todos los hombres cristianos están plena y perfectamente persuadidos. Sin embargo, no será un trabajo perdido instruirlos y proporcionarles unos cuantos textos bíblicos concernientes a este asunto para que podáis tapar las blasfemas bocas de todos aquellos que más judaicamente, o más bien diabólicamente, en cualquier momento vayan a enseñar o sostener lo contrario. En primer lugar, tenéis el testigo y testimonio del ángel Gabriel, declarado tanto al sumo sacerdote Zacarías como a la bendita virgen<sup>23</sup>. En segundo lugar, tenéis el testigo y el testimonio de Juan el Bautista, señalando a Cristo y diciendo: 'He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo<sup>24</sup>'. En tercer lugar, tenéis el testigo y el testimonio de Dios Padre, que tronó desde el cielo y dijo: 'Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo complacencia; a él oíd<sup>25</sup>'. En cuarto lugar, tenéis el testimonio del Espíritu Santo, que descendió del cielo en forma de paloma blanca y se posó sobre Él en el momento de su bautismo<sup>26</sup>. A éstos podría añadirse un gran número más, a saber, el testigo y testimonio de los sabios que vinieron a Herodes<sup>27</sup>, el testigo y testimonio de Simeón y Ana<sup>28</sup>, el testigo y testimonio de Andrés y Felipe, Natanael y Pedro<sup>29</sup>, Nicodemo<sup>30</sup> y Marta<sup>31</sup>, con otros diversos; pero sería demasiado largo repetirlo todo y unos pocos de estos textos son suficientes en un asunto tan claro, especialmente entre los que ya están persuadidos. Por lo tanto, si los duendes del anticristo y los astutos instrumentos del diablo intentan o tratan de apartaros de este verdadero Mesías, y os persuaden a buscar a otro que aún no ha venido, que en ningún caso os seduzcan, sino que os confirmen con estos y otros testimonios de la Sagrada Escritura, que son tan seguros y ciertos que ni todos los demonios del infierno podrán resistirlos. Porque tan cierto como que Dios vive, tan cierto fue

---

<sup>21</sup> Romanos 10:10–11.

<sup>22</sup> 1 Juan 4:15.

<sup>23</sup> Lucas 1:11–20, 26–37.

<sup>24</sup> Juan 1:29.

<sup>25</sup> Mateo 17:5.

<sup>26</sup> Mateo 3: 16.

<sup>27</sup> Mateo. 2:1–11.

<sup>28</sup> Lucas 2:25–38.

<sup>29</sup> Juan 1:40–49; 6:69.

<sup>30</sup> Juan 3:2.

<sup>31</sup> Juan 11:27.

Jesucristo el verdadero Mesías y Salvador del mundo, el mismo Jesús que, como en este día, nació de la virgen María sin ayuda del hombre en absoluto, sólo por el poder y la operación del Espíritu Santo.

En cuanto a su naturaleza y sustancia, como en nuestros días se han levantado diversas y variadas herejías por obra y sugestión de Satanás, será necesario y provechoso para vuestra instrucción hablar también una o dos palabras de este asunto. Evidentemente, la Escritura nos enseña que nuestro Señor y Salvador Cristo constaba de dos naturalezas diferentes: de su humanidad, siendo por tanto hombre perfecto en lo que se refiere a su carne exterior, y de su divinidad, siendo por tanto Dios perfecto en lo que se refiere a su espíritu interior [1563/A1]<sup>32</sup>. Está escrito: El Verbo», es decir, la segunda persona de la Trinidad, “se hizo carne<sup>33</sup>”. Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, cumplió lo que la ley no podía cumplir<sup>34</sup>. “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres<sup>35</sup>”. «Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria<sup>36</sup>». También en otro lugar se nos dice: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre<sup>37</sup>». Estos son textos claros para la prueba y declaración de ambas naturalezas unidas y entretrejidas en un solo Cristo. Consideremos y sopesemos diligentemente las obras que hizo mientras vivió en la tierra, y así también percibiremos que lo mismo es muy cierto. En que tuvo hambre y sed, comió y bebió, durmió y veló; en que predicó su evangelio al pueblo; en que lloró y se afligió por Jerusalén; en que pagó tributo por sí mismo y por Pedro; en que murió y padeció la muerte; ¿qué otra cosa declaró sino sólo esto, que era un hombre perfecto como nosotros? Por lo cual se le llama en la Sagrada Escritura unas veces hijo de David, otras Hijo del hombre, otras hijo de María, otras hijo de José, etc<sup>38</sup>. Ahora bien, en cuanto perdonó pecados, hizo milagros, expulsó demonios, sanó a los hombres con su sola palabra, conoció los pensamientos del corazón de los hombres, tuvo los mares a sus órdenes, caminó sobre las aguas, resucitó de entre los muertos a la vida, ascendió a los cielos, etc., ¿qué otra cosa mostró en esto, sino sólo que era Dios perfecto, igual a su Padre en cuanto a su deidad? Por eso dice: «Yo y el Padre uno somos», lo que debe

---

<sup>32</sup> Esta oración fue revisada por la Reina Isabel I, quien eliminó las palabras en cursiva y agregó las que estaban en negrita.

<sup>33</sup> Juan 1:14.

<sup>34</sup> Romanos 8:3.

<sup>35</sup> Filipenses 2:6–8.

<sup>36</sup> 1 Timoteo 3:16.

<sup>37</sup> 1 Tim. 2:5.

<sup>38</sup> Mateo 1:1, 16:13; Marcos 6:3; Juan 6:42.

entenderse de su divinidad<sup>39</sup>, pues en cuanto a su humanidad dice: «El Padre es mayor que yo<sup>40</sup>».

¿Dónde están ahora los marcionitas que niegan que Cristo naciera en la carne o que fuera un hombre perfecto? ¿Dónde están ahora los arrianos que niegan que Cristo fuera Dios perfecto, de igual sustancia que el Padre? Si los hay, podéis fácilmente reprenderlos con estos testimonios de la Palabra de Dios, y otros semejantes, a los cuales estoy segurísimo que nunca podrán responder. Porque la necesidad de nuestra salvación requería un mediador y Salvador que en una sola persona fuera partícipe de ambas naturalezas. Era necesario que fuera hombre, pero también era necesario que fuera Dios. Porque así como la transgresión vino por el hombre, así también era necesario que la satisfacción fuera hecha por el hombre. Y porque la muerte, según San Pablo, es el justo pago y recompensa del pecado<sup>41</sup>, para aplacar la ira de Dios y satisfacer su justicia, era conveniente que nuestro mediador fuera alguien que pudiera tomar sobre sí los pecados de la humanidad y soportar el debido castigo, es decir, la muerte<sup>42</sup>. Además, Él vino en carne y en la misma carne ascendió al cielo para declararnos y testificarnos que todas las personas fieles que creen firmemente en Él, asimismo vendrán a la misma morada a la que Él, siendo nuestro capitán principal, fue antes<sup>43</sup>. Por último, se hizo hombre para que así pudiéramos recibir el mayor consuelo, tanto en nuestras oraciones como también en nuestra adversidad, considerando con nosotros mismos que tenemos un mediador que es verdadero hombre como nosotros, quien también 'pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza<sup>44</sup>. Por estas y otras varias causas era muy necesario que Él viniera como lo hizo, en carne. Pero como ninguna criatura, por ser sólo criatura, tiene ni puede tener poder para destruir la muerte y dar vida, para vencer el infierno y comprar el cielo, para perdonar los pecados y dar la justicia, por eso era necesario que nuestro Mesías, cuyo deber y oficio propio era ese, no sólo fuera hombre pleno y perfecto, sino también Dios pleno y perfecto, para que pudiera satisfacer más plena y perfectamente a la humanidad. Dios dice: «Éste es mi Hijo amado en quien tengo complacencia<sup>45</sup>». En este pasaje aprendemos que Cristo aplacó y apagó la ira de su Padre, no sólo por ser Hijo del hombre, sino mucho más por ser Hijo de Dios.

---

<sup>39</sup> Juan 10:30.

<sup>40</sup> Juan 14:28.

<sup>41</sup> Romanos 6: 23.

<sup>42</sup> Hebreos. 2:14–17.

<sup>43</sup> Heb. 6:19–20.

<sup>44</sup> Heb. 4:15.

<sup>45</sup> Mateo. 3:17.

Así habéis oído declarar por las Escrituras que Jesucristo era el verdadero Mesías y Salvador del mundo, que era por naturaleza y sustancia perfecto Dios y perfecto hombre, y por qué causas era conveniente que lo fuera.

Ahora bien, para que seamos más conscientes y agradecidos a Dios en este sentido, consideremos y recordemos brevemente los múltiples y grandes beneficios que hemos recibido por la natividad y encarnación de este nuestro Mesías y Salvador. Antes de la venida de Cristo al mundo, todos los hombres universalmente no eran otra cosa que una generación perversa y corrompida, árboles podridos y corrompidos, tierra pedregosa, llena de zarzas y cardos, ovejas perdidas, hijos pródigos, siervos malos e inútiles, administradores injustos, obradores de iniquidad, prole de víboras, guías ciegos, sentados en tinieblas y en sombra de muerte, para abreviar, no otra cosa que hijos de perdición y herederos del fuego del infierno<sup>46</sup>. De esto da testimonio San Pablo en diversos lugares de sus epístolas, y el mismo Cristo en varios lugares de su Evangelio. Pero una vez que descendió del cielo y tomó sobre sí nuestra frágil naturaleza, hizo de todos los que le recibieron de verdad y creyeron en su Palabra, buenos árboles y buena tierra, ramas fructíferas y agradables, hijos de la luz, ciudadanos del cielo, ovejas de su redil, miembros de su cuerpo, herederos de su reino, sus verdaderos amigos y hermanos, pan dulce y vivo, el pueblo elegido y amado de Dios<sup>47</sup>. Porque como dice San Pedro en su primera epístola y capítulo segundo: "quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas<sup>48</sup>". Haciéndonos "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios<sup>49</sup>", quien "fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación<sup>50</sup>". San Pablo escribe a Tito, en el capítulo tercero: éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, etcétera. Pero después que apareció la bondad de Dios nuestro Salvador para con los hombres, no según la justicia que habíamos hecho, sino según su gran misericordia, nos salvó por la fuente del nuevo nacimiento y por la renovación del Espíritu Santo que derramó sobre nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, una vez justificados por su gracia, fuésemos herederos de la vida eterna por la esperanza y

---

<sup>46</sup> Deut. 32:5; Mateo. 7:17; Marcos 4:5, 16; Heb. 6:8; Jer. 50:6; Lucas 15:6, 13; 17:10; Mateo. 24:48; 25:26; Lucas 16:8; 13:27; Mateo. 12:34; 23:24; Lucas 1:79; Memoria de sólo lectura. 5:12; 1 Cor. 15:22.

<sup>47</sup> Juan 1:12; Mateo. 7:17; 13:8, 23; Juan 15: 2; Isa. 40:21; Juan 12:36; Filipenses 3:20; Juan 10:16; Efesios 5:30; Santiago 2:5; Juan 15:14; Romanos 8:29; 1 Corintios 5:7.

<sup>48</sup> 1 Pedro 2 :24–25.

<sup>49</sup> 1 Pedro 2:9.

<sup>50</sup> Romanos 4:25.



la fe en su sangre<sup>51</sup>. En estos y otros lugares se expone ante nuestros ojos, como en un espejo, la abundante gracia de Dios recibida en Cristo Jesús, que es tanto más maravillosa cuanto que no procedió de ningún desierto nuestro, sino de su mera y tierna misericordia, incluso entonces, cuando éramos sus enemigos extremos.

Pero para mejor entender y considerar esto, veamos el fin de su venida, para que percibamos qué gran bien y provecho nos ha traído su natividad a nosotros, criaturas miserables y pecadoras. El fin de su venida era salvar y librar a su pueblo, cumplir la ley por nosotros, dar testimonio de la verdad, enseñar y predicar las palabras de su Padre, dar luz al mundo, llamar a los pecadores al arrepentimiento, aliviar a los que trabajan y están cargados, para expulsar al príncipe de este mundo, para reconciliarnos en el cuerpo de su carne, para disolver las obras del diablo y, por último, para convertirse en propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo<sup>52</sup>. Estos fueron los principales fines por los que Cristo se hizo hombre, no por el provecho que de ello pudiera derivarse para Él, sino sólo por nosotros, para que comprendiésemos la voluntad de Dios, participásemos de su luz celestial, fuésemos librados de las garras del diablo, liberados de la carga del pecado, justificados por la fe en su sangre y, finalmente, recibidos en la gloria eterna, para reinar allí con Él para siempre. ¿No fue éste un amor grande y singular de Cristo hacia los hombres, el que, siendo imagen viva y expresa de Dios, se humillara y tomara forma de siervo, y esto sólo para salvarnos y redimirnos?<sup>53</sup> ¡Oh, cuánto estamos obligados para con Dios por su bondad en este sentido! ¡Cuántas gracias y alabanzas le debemos por esta nuestra salvación, obrada por su amado y único Hijo Cristo, que se hizo peregrino en la tierra para hacernos ciudadanos del cielo; que se hizo Hijo del hombre para hacernos hijos de Dios; que se hizo obediente a la ley, para librarnos de la maldición de la ella<sup>54</sup>; que se hizo pobre para hacernos ricos<sup>55</sup>; vil para hacernos preciosos; sujeto a la muerte para hacernos vivir para siempre! ¿Qué amor más grande podríamos desear o anhelar de manos de Dios para nosotros, criaturas tontas?

Por tanto, amadísimos, no nos olvidemos de este inmenso amor de nuestro Señor y Salvador, no nos mostremos desconsiderados ni desagradecidos para con Él, sino amémosle, temámosle, obedezcámosle y sirvámosle. Confesémosle con la boca, alabémosle con la lengua, creamos en él de corazón y glorifiquémosle con nuestras buenas obras. Cristo es la luz, recibamos la luz<sup>56</sup>. Cristo es la verdad, recibamos la

---

<sup>51</sup> Tito 3:3–7. En el texto original la cita se atribuye a «Timoteo» y no a Tito.

<sup>52</sup> Mateo 2:1–13. 1:21; 5:17; Juan 18:37; Lucas 4:17–21, 43; Juan 8:12; Mateo 9:13; 11:28; Juan 12:31; Colosenses 1:21–22; Hebreos 10:10; 1 Juan 3:8; Romanos. 3:25; 1 Juan 2:2.

<sup>53</sup> Heb. 1:3; Fil. 2:7–8.

<sup>54</sup> Gál. 3:13; 4:4–5.

<sup>55</sup> 2 Cor. 8:9.

<sup>56</sup> Juan 12:46.

verdad. Cristo es el camino, sigamos el camino<sup>57</sup>. Y porque Él es nuestro único maestro, nuestro único profesor, nuestro único pastor y capitán principal, hagámonos sus siervos, sus discípulos, sus ovejas y sus soldados<sup>58</sup>. En cuanto al pecado, la carne, el mundo y el diablo, cuyos siervos y esclavos éramos antes de la venida de Cristo, desechémoslos por completo y desafiémoslos como a los principales y únicos enemigos de nuestra alma. Y ya que Cristo nos libró una vez de su cruel tiranía, no volvamos a caer en sus manos, no sea que por desobediencia lleguemos a estar en peor situación que antes. Bienaventurados los que perseveran hasta el fin<sup>59</sup>. "Sé fiel hasta la muerte", dice Dios, "y te daré la corona de la vida"<sup>60</sup>. También dice en otro lugar: "El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás no es apto para el reino de Dios<sup>61</sup>". Por tanto, seamos fuertes, "firmes e inmovibles, abundando siempre en las obras del Señor<sup>62</sup>". Recibamos a Cristo, no por un tiempo, sino para siempre; creamos en su Palabra, no por un tiempo, sino para siempre; hagámonos sus siervos, no por un tiempo, sino para siempre; en consideración a que nos ha redimido y salvado, no por un tiempo, sino para siempre; y nos recibirá en su reino celestial, para reinar allí con Él, no por un tiempo, sino para siempre. A Él, pues, con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor, alabanza y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

---

<sup>57</sup> Juan 14:6.

<sup>58</sup> Mateo. 23:8, 10; Juan 6:68; 10:16.

<sup>59</sup> Dan. 12:12; Mateo. 10:22.

<sup>60</sup> Apocalipsis 2:10.

<sup>61</sup> Lucas 9:62.

<sup>62</sup> 1 Cor. 15:58.